

*Pinos Alados*

# Ya no hay fechas importantes

JORGE ORLANDO CORREA



# *Pinos Alados*

*Ya no hay fechas importantes*

D. R. © 2020, Jorge Orlando Correa  
D. R. © 2020, Pinos Alados ediciones  
Santa Prisca 1649, Santa Fe. 21279  
Mexicali, Baja California, México

Colección Narraciones

PRIMERA EDICIÓN, 2020.

Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

Edición y diseño de cubierta e interiores: Rosa Espinoza.  
Imagen de portada: Rogelio Silva Cerna.

IMPRESO EN MÉXICO/ *PRINTED IN MEXICO*

# Ya no hay fechas importantes

JORGE ORLANDO CORREA

~COLECCIÓN NARRACIONES~



*Para Carlos y Anahí*



## [ÍNDICE]

Nostalgia por hechos no ocurridos	9
Ya no hay fechas importantes	15
Todos los bichos del mundo	24
La fuerza del toro	34
<i>Dans un train</i>	39
Es difícil golpear en los sueños	41
Hiroshima	49
Oso polar	51



## Nostalgia por hechos no ocurridos

En la penumbra, vas con los brazos estirados. Cuidas no darte de cara con un mueble o tropezar con cualquier cosa. A tientas, cierras la ventana que da al jardín. Tiras del cordón para que se despliegue el conjunto de paneles que conforman la cortina. Entre sus ranuras, das un último vistazo a la calle. Ahora estás seguro, se han ido. Las yemas de tus dedos rozan una pared, guiándote, hasta percibir el relieve de un interruptor. Enciendes las luces. Ya puedes ver cómo es por dentro la casa de tu hijo.

Si te sorprendiera, por tu ropa andrajosa, espalda encorvada y cabello cano, pensaría que eres un loco o un ladrón, no su padre. Tal vez descubras la fuerza de sus golpes, tal vez no. Lo cierto es que llamaría a una patrulla. Y tú ya no eres capaz de soportar un día más en una celda.

Las fotos enmarcadas sobre una mesita de estar te hacen saber que la pareja de tu hijo es rubia y que tienes una nieta. A él lo reconoces por el iris de sus ojos: ámbar, como el tuyo. La imagen que

en estos momentos observas contiene un mar de fondo, a la niña entre los brazos de su madre y a Sergio, abrazándolas. Un cosquilleo en la punta de la nariz hace que tus ojos se humedezcan. Parpadeas y vuelves el cuadro a su sitio.

A tu alrededor, una mesa de vidrio con sus respectivas sillas circundándola, un pequeño bar de madera con botellas de whisky escocés, ron y tequila, un refrigerador de dos puertas, una estufa con un traga humos instalado y el “tac”, del paso de las manecillas de un reloj de pared con forma de velero.

Escapa de ti la primera lágrima. Respiras, profundo, para contener el llanto. El ambiente es de un aroma a lavanda. Los mosaicos sobre los que estás parado son blancos y lucen impecables. Piensas en la poca falta que has hecho en la vida de Sergio. Que el hombre al que él llamó papá en su infancia hizo un mejor trabajo del que pudiste hacer. Que ni siquiera sabe que existes. Y es por esto último que hoy aquí te encuentras, con una carta dentro de una de las bolsas de tu pantalón para demostrar lo contrario. Otra lágrima resbala por tu mejilla.

Llaman; suena el tono del teléfono. Contraes articulaciones y músculos: da la impresión de que te encoges. Ahora tu corazón bombea como si con vida propia intentara desprenderse de tu cuerpo. Te apoyas contra una pared usando ambas manos. Cierras los ojos y respiras por la boca.

No es nada, te dices, con una voz temblorosa. No es nada, te vuelves a decir.

Quieto, esperas. Silencio. De nuevo, lo único que se escucha, es “tac, tac, tac.”

Caminas hacia el fregadero. Abres la llave. Mojas las manos para tallarte el rostro. Pasas un par de minutos entre jadeos e insultos en voz baja hasta que tu ritmo cardíaco se restablece.

De par en par, abres las puertas del refrigerador. Suena un chasquido por las gomas al despegarse de su marco. Jamón Serrano, jugos en cajas, chocolates Ferrero Rocher, yogurt dietético, verduras, un pastel cubierto por una caratula de plástico transparente y cervezas Miller.

El teléfono de casa vuelve a sonar, pero esta vez ya no te sobresaltas; cierras tus ojos, maldices, sueltas un suspiro.

“Tac, tac, tac.”

Palanqueas el mango de un cuchillo contra la boca de una de las botellas de cerveza. La tapa hace un vuelo en curva y gira sobre sí hasta dar con el suelo. Bebes. El primer trago termina en aliento. Un hormigueo baja de tu nuca a los hombros; la ligereza corporal que hace tanto no sentías, ese placer que logra entumecerte el cuerpo mientras relames tus labios y piensas en todas las cervezas que nunca beberás con Sergio, así como navidades, graduaciones, fines de año y demás fechas en las que no lo acompañaste como cualquier otro padre a su hijo. Ni siquiera conoces el sonido de su voz, la primera palabra que pudo pronunciar, su color favorito, si le gustan los deportes o prefiere pasar su tiempo libre viendo películas a solas. Nada. La única certeza que tienes

es que lo perdiste, a él, a Sara y a toda una vida que ahora cargas sobre tus hombros. Ante la ley, eres un asesino calificado, para tu familia, nadie.

Ahora suspiras al estar acostado en esta cama, amplia, suave, bajo sábanas gruesas y blancas. Percibes hendiduras; la forma de los cuerpos que todas las noches duermen sobre este mismo espacio. El cuarto tiene un aroma a vainilla que nace de una veladora sobre un pequeño mueble junto a la puerta. Llenas tus pulmones de aire y echas a volar la mente.

Quisieras escuchar el rugido de la camioneta de Sergio en la acera, la puerta de la cocina abrirse y ver corriendo a tu nieta hacia ti y recibirla con los brazos abiertos. Quisieras ir a la sala y sentarte frente al televisor con tu hijo, sin prestar atención a la pantalla y platicar con él de cualquier cosa. Quisieras ir de pesca con Sara, como solían hacerlo al final de cada mes en Playa de Faros. Quisieras entrar al salón y decirles a los alumnos que saquen el libro tal y busquen una página. Quisieras caminar, al menos por una última vez, por el boulevard a solas, con el aroma a salitre en el ambiente y tu cabello revuelto por la brisa. Quisieras haberle enseñado a Sergio cómo conducir una bicicleta, a nadar y a cruzar una calle. Quisieras ver a Sara, con su chaleco verde, sus botas para escalar montañas, con un ojo cerrado y el otro pegado a la mira de un microscopio, desde el sillón en el que solías sentarte para leer y preparar la clase del día siguiente, en esos minutos en los que idealizabas formas del

futuro que nunca ocurrieron: haberse mudado a una casa propia, pintarla juntos, los rostros con pringas de pintura blanca, un gato gris enroscado en la meseta de la cocina.

Dejas una estela de huellas húmedas al salir del baño. Desnudo, con la piel erizada, abres todos los cajones de un ropero. Encuentras una camisa de cuadros azules, metes los brazos dentro de las mangas y abrochas los botones. Hurgas de nuevo y das con un pantalón de mezclilla, calcetines y ropa interior. Pareces un niño con la ropa de su padre, todo te queda ancho y holgado, pero sonríes, porque de alguna manera logras sentirte cómodo, pero, sobre todo, cerca de Sergio. Estar vestido con su ropa es como si te abrazara.

Colocas la carta debajo del marco de una de las fotografías. Abandonas la sala y el comedor, atraviesas el pasillo que da a los cuartos y al segundo piso y das con la puerta que te lleva al patio trasero. Justo a tiempo: han llegado. Escuchas el traqueteo del portón eléctrico que se abre, luego el aliento del vehículo hacerse intenso por cada centímetro que avanza. En el patio hay una piscina de unos aproximados cuatro metros de largo por cinco de ancho, y es frente a ella en donde ahora te encuentras. A su alrededor, pasto. Imaginas a Sergio asar carne, a su esposa beber una de las botellas de cerveza del refrigerador, todo mientras la niña con flotadores en los brazos patalea bajo el agua. Tienes, también, ante tus ojos la reja que conduce al pasillo en el que se encuentra el boiler y desemboca en la calle. Suenan los seguros de

la puerta principal destrabándose. Percibes, como un rumor, pasos y palabras cada vez más próximos. La risita de la pequeña hace que cierres los ojos y contengas el aire; un cosquilleo recorre tu columna vertebral de arriba abajo; tensas todos los músculos de la espalda. Ahora, escuchas una voz tan similar a la tuya, que te dice:

—¿Quién anda ahí?

## Ya no hay fechas importantes

Olvidé cómo atarme los zapatos durante mi último cumpleaños. De no ser por mis hijos, es un día que hoy no hubiera recordado. Adrián y Andrea tienen una copia por cada llave de todos los seguros de mi casa. Abrieron la puerta del comedor y entraron sin mayor problema. Daban la impresión de esperar verse frente a lo que ellos consideran, como me han dicho, una situación triste. Algo similar a cuando me encontraron desnudo, sentado en la regadera, con un labio roto, un pómulo hinchado, mientras balbuceaba palabras sin sentido. Nada recuerdo de aquella escena. Pero como la mayoría de las cosas que ahora cuento, fue algo que ambos me platicaron luego de un par de días, de una semana, o dos.

La verdad es que no lo sé. De un tiempo hasta hoy, me volví malo con todo lo que tenga que ver con números. Tampoco puedo asegurar que me lo dijeron ellos. Así que, de alguna manera, he logrado atar algunos cabos.

Esta vez me hallaron con las manos aferradas a los cordones de mis zapatos, sentado en el borde

de un sillón de la sala, con la espalda inclinada hacia el frente y una mirada de ojos vibrantes.

Después de colocar sobre la mesa una caja cuadrada envuelta en un papel tornasol, mi hijo se secó las lágrimas con uno de sus puños. Andrea, apoyando una rodilla sobre el suelo, se agachó para susurrarme: “papá, te estuvimos esperando”. Puso sus manos sobre las mías. Los pulgares presionaban el centro de mis palmas, el calor de su piel era tal que pude sentir unos pequeños latidos.

Solté los cordones.

Mis manos dejaron de temblar.

Ambos intercambiaron una mirada diciéndose “sí”, con un leve movimiento de cabeza.

—Es lo mejor —dijo Andrea.

Adrián se volvió a secar las lágrimas.

Hablaban de llevarme al asilo.

Entrelacé los cordones, le di vueltas a uno con el otro y tiré de ambos en dirección contraria: la forma del nudo se desvaneció al instante. Cerré los ojos y maldije en voz baja mientras Adrián decía que era tiempo de subir al coche.

Por unos segundos, frente al librero, me detuve a la altura del compartimiento de discos musicales. Entre ellos estaba el mío; es decir, el que había grabado. En su portada me encuentro vestido con una camisa floreada en vivos rojos y verdes, pantalón de manta y con los brazos cruzados, de pie, sobre las tablas de un muelle en la Playa de Corales. Mi cabello era lacio, me llegaba a la altura de los hombros. Dos estantes a la derecha,

postrada en su marco, estaba la foto del pelotón sesenta y seis del noveno regimiento. Todos frente a un viejo tanque de guerra nicaragüense. Ahí ya no tengo el cabello lacio y largo. Ahí salgo a rape, con una ametralladora apoyada sobre el hombro derecho, sin gesticular, un pie sobre los engranajes de las llantas y el otro en suelo.

—Si te las quieres llevar, las llevamos.

Andrea ya nos esperaba en el coche, con ambas manos al volante y el motor ronroneando. Mi maleta aguardaba en el asiento trasero. Con pasos en dirección a la puerta, le hice saber a mi hijo que no quería llevarme las fotografías.

La mayoría usaba silla de ruedas. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Algunos jugaban partidas de dominó en una mesa blanca y rectangular. Cierra tu estúpida boca o nos vamos a morir. Mujeres con el cabello cano y hombres con los brazos canalizados a sueros que colgaban de percheros móviles, veían una película en una televisión de pantalla plana. Prefiero que me den un tiro a ser torturado por días. Y un grupo más, con las manos sobre sus piernas y los ojos cristalinos, sin parpadear, observaba el cielo y los jardines tras un vitral panorámico. Nadie decía una sola palabra.

Vestida con una filipina blanca y el cabello recogido, la mujer que en la recepción dijo llamarse Valeria, explicaba que ahora nos encontrábamos en el área de usos múltiples. Antes recorrimos los senderos del jardín, el comedor y los dormitorios.

Yo no prestaba atención a lo que Valeria decía. Por momentos, Adrián y Andrea me preguntaban “¿qué te parece, papá?”. Comandante, necesitamos refuerzos, ¿me escucha?, necesitamos refuerzos o nos matarán a todos.

Valeria colocó una mano en mi espalda para conducirme hasta la mesa en la que se jugaba dominó. Ese sujeto pisó una mina y ahora no tiene piernas. Volteé hacia Adrián y Andrea, pero habían desaparecido. Supuse que se encontraban pagando mi primer mes en la estancia.

—Él es Manolo —dijo Valeria—, ahora estará con nosotros.

Todos en la mesa tenían la piel traslúcida, como la de un recién nacido.

—Manolo Migraña, nunca lo hubiera imaginado.

Una vez vi cómo degollaban a un negro con una piedra.

El sujeto que me nombró dijo llamarse Carlos. Era calvo, con una cicatriz que partía su cráneo a la mitad y un sinfín de lunares en su rostro. Ya vienen los refuerzos, aguanten, aguanten, no se dejen matar. Intercambiamos una mirada. Él sonreía, yo no hice ningún gesto. Después de un par de carraspeos, gritó o, al menos, intentó gritar con esa voz rasposa que se obtiene por tantos años en el alcoholismo:

—Tenemos entre nosotros a una celebridad.

Sólo tres personas dejaron las piezas de dominó sobre la mesa y voltearon a verme. Los demás, silenciosos, siguieron con la vista centrada en su

juego. Dispara o no habrá mañana para nuestras familias. Creo que estaban sordos.

—A este hombre lo conocemos muy bien —dijo Carlos dirigiéndose a Valeria, pero ella hacía segundos que se había ido. Entonces regresó la mirada a quien tenía al frente para iniciar una conversación.

—Roberto, ¿lo recuerdas? El *Grammy* latino en el ochenta y ocho, un poco antes de que las calles se llenaran de soldados.

—Claro que lo recuerdo, Perlas y gaviotas. Carmen te lo puede decir. Bailamos sus canciones en el Sol Club. Fue triste para nosotros ver aquel lugar destruido.

—Dicen que fue una bomba.

Con las yemas de mis dedos índices daba golpecitos a mis sienes, como si estuviera mandando un mensaje en clave morse a mi cerebro, diciéndole: recuerda, recuerda cómo hacer el nudo.

Llevándose las manos a su esponjada y delgada cabellera teñida de un morado pálido, Carmen comenzó a dirigirme la palabra.

—Roberto nunca creyó que estudiamos la secundaria en el mismo salón, en el año cuarenta y cinco, un poco antes del huracán. ¿Recuerdas cómo la ciudad se hizo aquel puñado de lodo durante meses?

Un vistazo me bastó para saber que no la reconocía.

—Manolo, no quiero ser indiscreto... ¿es verdad que tú también fuiste a la guerra? —preguntó el viejo que se sentaba frente a Carmen, inclinán-

do su cara hacía mí y acomodándose los lentes. El grueso de los vidrios hacía que sus ojos lucieran como vistos a través una lupa: enormes y dilatados. Su quijada, siempre abierta, nunca dejó de temblar.

Silencio, silencio, silencio, no hagan ruido. Con los ojos cerrados traté de recordar el momento en el que aprendí a atarme los zapatos: las cejas gruesas de mi padre, el iris de sus ojos negros; con su mano callosa, de nudillos sobresalientes, me apuntó con el dedo índice y dijo: “presta atención, que sólo te lo voy a enseñar una vez”. Fingió darme una cachetada: parpadeé, hundiendo el cuello entre los hombros. El lugar era la mesa de madera y redonda de la cocina, junto a la estufa. En ella hervía una olla de peltre. El cálido y cítrico aroma a especias me robó la atención. Su palma impactó contra mi mejilla, óxido sabor a sangre por dentro de mi boca.

—Sí, Manolo fue a la guerra —dijo Roberto—, es algo que leímos en una revista. Después de eso, nunca más volvió a cantar.

—Y en la televisión dijeron que se volvió loco.

—No sólo loco.

—Cállate, Roberto —dijo Carmen, llevándose su dedo índice a los labios.

—Manolo —dijo el de los lentes de fondo de botella y quijada vibrante—, ¿podrías cantarnos una canción? Puedes cantar aquella que habla de un cielo estrellado y la libertad.

—“Luz de arena”. A Carmen y a mí nos encantaba bailarla.

—Vamos, Manolo, cántala...

—Por lo menos el coro.

—¿Es verdad que también entraste al psiquiátrico?

—Roberto, que te calles con esos asuntos.

—O pudieras cantar cualquier otra.

—¿Qué se siente ir a la guerra?

—Nos harías muy felices si la cantaras, nos harías recordar tanto.

—¿Qué se siente ver morir a tus compañeros?

—Manolo, te escuchamos.

—¿Qué se siente matar?

Por fin tomé asiento. Abrí mis piernas y me incliné lo suficiente como para que mi torso se posicionara entre mis rodillas. Con las manos en las orejas, cerré los ojos. Pude escuchar el latido de mi corazón a través de mis palmas.

—Manolo, ¿qué te ocurre?

Era la voz de Carlos. Se escuchaba como los ruidos cuando te encuentras debajo del agua. El de los disparos es como tambores resonando a lo lejos.

Sentí el peso de una mano sobre mi espalda, debajo de la nuca.

Lo siguiente que supe fue que estrangulaba a Carlos con el cordón de uno de mis zapatos. Si les revientas la cabeza, no tienes que preocuparte por el resto del cuerpo. De su garganta salía un estertor, como el de un globo al desinflarse. Apunta, dispara, apunta, dispara, apunta, dispara, dispara, dispara. Voltearon a vernos hasta los que pensé que eran sordos y los que veían la televisión y el cielo. Hubo quienes se taparon los ojos y la boca. Nunca había visto tantos muertos, señor.

Lágrimas resbalaron sobre agrietadas y pálidas pieles.

Escuché la voz de Andrea decir:

—Papá, por favor, suéltalo.

—Por este mes puede estar en mi casa, pero ni un día más, mis vacaciones no duran tanto —dijo Andrea con los brazos completamente estirados y aferrándose al volante.

—Si lo mataba, no sé qué íbamos a hacer —contestó Adrián, como si no hubiera escuchado las palabras de su hermana.

Y fue ese momento en el que creí haber recordado cómo hacer el nudo: sostuve los extremos del cordón del zapato que aún conservaba, hice dos orejas de ratón, pasé una por debajo de la otra. Sólo me faltaba dar una última vuelta y estirar cuando la caja forrada con papel tornasol me bloqueó la vista.

—Ábrelo, papá —dijo Adrián— estoy seguro que te hará recordar viejos tiempos.

El nudo se deshizo.

Una vez que matas al primero, matas al siguiente y el resto es como beber agua.

Solté el cordón para tomar la caja y dejarla descansar sobre mis piernas.

—Sí, ábrelo, yo misma lo escogí —dijo Andrea guiñándome un ojo por el espejo retrovisor.

Apreté el botón de la puerta el tiempo suficiente como para que el vidrio descendiera por completo. La lluvia se escucha distinto aquí, como mi voz cuando estoy solo. El rugido del aire silenció las palabras de mis hijos. Con los ojos abiertos,

gesticulaban, como quien intenta gritar mientras se ahoga. Tiré la caja por la ventana, el viento la absorbió y enseguida la dejamos metros atrás del camino. Andrea detuvo el coche de tal manera que casi me estampo contra el asiento de enfrente. Adrián maldijo, llevándose ambas manos a la nuca. Ambos se voltearon a ver. Esta vez los dos negaron con la cabeza.

Transcurrieron unos segundos para que Andrea echara andar de nuevo el motor del vehículo. Las arboladuras se movieron ante mis ojos y yo me dispuse, una vez más, a hacer de forma errónea un nudo con el cordón de mi zapato izquierdo. Durante el resto del camino nadie dijo ni una sola palabra.

Han pasado días de todos estos hechos. O, más bien, ocurrió el año pasado. Ahora valen más los gramos de plomo enterrados en sus cuerpos, que la vida de todos esos hombres. Lo que quiero decir es que aún no recuerdo la manera de hacer el dicho nudo. El pelotón fue bombardeado: ningún sobreviviente. Lo olvidé durante mi último cumpleaños. Alguien me lo dijo.

# Todos los bichos del mundo

Pedro y la araña se observan entre sí. El par de ojos fijos ante lo que parece ser un conjunto de gotitas amontonadas. Con lentitud, Pedro extiende el brazo izquierdo y su dedo índice con la intención de tocar. Se encuentra en una esquina del cuarto de sus padres, frente al escenario de lo que para él ha sido el espectáculo de la semana: un moscardón violáceo, cada día más cubierto de seda y ya sin dar señales de un próximo aleteo. Un par de gritos lo desconcentran. Parpadea, contiene la respiración.

Sus padres, con insultos, lanzan preguntas hacia un José fuera de sí, sentado en una silla de plástico de Coca Cola, con la vista hacia al techo, ambos brazos pendiendo a sus costados y una herida en el centro del cráneo, de la que mana la sangre que humedece el cuello de su playera.

El padre descuelga su sombrero de un clavo en el centro de la puerta y dice que ahora viene, que no tarda. Sus pasos son alargados y recios, como si intentara enterrar la suela de sus botas con cada uno. A la madre se le enrojecen las mejillas, y co-

mienza a decir cosas al aire sobre el alcoholismo, ahorrar dinero y ser un hombre de bien. “Pedro, tú no vayas a ser como tu hermano, ve como está; es una vergüenza. Esas son las pendejadas que se aprenden en la calle”. Y José, noqueado aún, no puede decir nada al respecto. Pedro arruga la nariz y traga saliva. Conoce a su padre y la forma en la que camina lo hace pensar que algo malo está a punto de suceder. —Sí, mamá —contesta.

\*

Después de asentar un trozo de gis sobre la rendija metálica del pizarrón, la maestra dijo:

—Si tienen dudas, pregunten. Pedro y Cristina alzaban la vista, entrecerraban los ojos y volvían la mirada a sus cuadernos. La tarea consistía en hacer un equipo en binas y recolectar la mayor cantidad de insectos posibles, clavarlos con alfileres o tachuelas en un pliego de papel cascarón, escribir sus nombres debajo de ellos, explicar a qué clase pertenecen, las partes que los componen y de qué se alimentan.

—Toda la información, —contestó la maestra después de que una alumna alzara su mano para preguntar—, la encuentran en las planillas que venden en Estela, —y volteó a ver a Cristina, porque esa era la casa y el negocio de sus padres.

Sonó el timbre que indicaba la hora del descanso.

Pedro y Cristina buscaron una sombra debajo de las anaranjadas hojas del almendro. Compar-

tieron su desayuno y bebieron del mismo refresco embolsado. Los demás niños del grupo pasaron frente a ellos. Uno hizo una broma, refiriéndose a Pedro y a Cristina como novios. Todos soltaron carcajadas.

Solos, Cristina apretó una de las manos de Pedro, como diciéndole “no importa, no hagas caso”. Pedro la vio con una sonrisa que Cristina pudo leer perfectamente; fue como si Pedro le hubiera dicho “está bien, no te preocupes, no me afecta”.

\*

El padre vuelve a la casa con Bárbara, que lo primero que hace es negar con la cabeza al ver el estado de José. —Otra vez, lo mismo de siempre— dice la madre con la intención de que la doctora también se moleste con su hijo. —Esto necesitará al menos diez puntadas— responde Bárbara, mientras termina de meter su mano derecha en una de las mangas de su bata—. También pide un recipiente con jabón y agua. Coloca su maletín sobre la mesa, lo abre y de él saca la aguja con forma de anzuelo y el rollo de hilo que utilizará para hacer la sutura. Frente a esta escena, el padre cierra un puño y con él se tapa la boca, su respiración aumenta, camina en círculos.

\*

Pedro y Cristina volvieron a su casa tomados de la mano. En el camino quedaron de verse a las tres

de la tarde en la esquina del campo, después de la comida. Del sitio acordado caminarían hasta las afueras del pueblo, para internarse en una brecha arbolada que conocían muy bien y que daba con una de las venas de Río Hondo; el espacio de pasto abierto en donde muchas veces antes nadaron y en el que han visto bichos de todos los colores.

\*

Pedro no deja de observar a su padre, lo mira entrar al cuarto y sacar al único cajón del pequeño mueble junto a la cama. El traqueteo de la madera y los movimientos bruscos hacen que Pedro sienta un nudo en el estómago. Y el nudo aprieta porque el padre ha encontrado su revólver; infla el pecho y acomoda el arma entre el estómago y el pantalón.

—Sube al coche —le dice a Pedro, antes de tronarse los huesos del cuello con un movimiento circular.

\*

Los moscos zumbaban cerca de sus orejas, ellos reaccionaban con rápidas negaciones. El crujir de hojas secas, el trinar de grillos, al frente, a sus costados y espaldas, fueron los sonidos constantes durante todo el trayecto. Pedro sostenía una cubeta con ambas manos, Cristina picoteaba el camino con una rama, asegurándose que, al siguiente paso, no estaría una serpiente a punto de

desplegar sus colmillos contra uno de los dos. El borboteo del agua fue la señal de que estaban cerca.

\*

El padre sostiene el volante con los brazos estirados. Sus manos se enrojecen por la presión con la que aprieta. Pedro se muerde los cachetes por dentro, lastimándose, pero sin sentirlo. Una sensación similar al entumecimiento lo recorre de pies a cabeza. Tampoco se fija en la manera que, con pequeños movimientos de arriba abajo, sus pies tiemblan. El motor del Tsuru ruge cada vez que doblan para tomar una nueva calle. Las ruedas pasan sobre zanjas y desniveles que hacen saltar y desbalancearse al coche. Pedro tiene que apoyar sus manos contra la guantera.

—Quiero que me escuches muy bien —dice el padre, sin quitar la vista del camino—. Entonces comienza con un sermón sobre el respeto. Le dice a Pedro que nunca en la vida permita que alguien se sobrepase con él, que perder una pelea es vergonzoso y humillante. “Es preferible que lloren en casa ajena que en la tuya, grábatelo muy bien”. Frena de golpe, el carro se tambalea y don Martiliano le dice a su hijo que baje, porque va aprender una gran lección.

Caminan entre carcajadas, humo de cigarro y el tintineo de botellas ronzándose entre sí. El cantinero le dice a don Martiliano que ese no es un lugar para niños. Don Martiliano saca el arma,

jala al cantinero del cuello de la camisa y le estampa el cañón en la frente.

\*

Cristina arrancó un trozo de corteza. Nada. Probó con uno más grande y debajo de este, zigzagueaba un ciempiés de escamas rojas sobre aquella madera suave y húmeda. Levantaron rocas, buscaron entre arbustos y se tumbaron sobre el pasto para encontrar más insectos. En menos de una hora capturaron suficientes para realizar su tarea. Escarabajos de armadura tornasol. Grillos. Hormigones rojos. Mantis religiosas. Bichos palo. Cucarachones de tierra. Libélulas verdes. Cigarras.

\*

De nuevo en el coche, se dirigen a la terminal de autobuses. El cantinero, luego de orinarse en los pantalones y suplicar, con una voz temblorosa y atragantada: “no, no dispare, por favor, don Martiliano”, confesó que las personas que golpearon a José fueron un par de soldados de un cuartel establecido en otro pueblo, y que en ese instante deberían estar a punto de huir.

\*

Pedro enterró un alfiler en el tórax de una mariposa de alas azules y Cristina hizo lo propio con las patas de un grillo. Tan entretenidos realizaban

aquellas pequeñas crucifixiones, que no se dieron cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

La señora Margarita acomodaba en cajas de madera para frutas los platos y vasos de la cocina, el señor Roberto hacía lo mismo, pero con la ropa de los cajones. Todo el material de la papelería yacía en bolsas jumbo. Esa tarde, don Roberto recibió una llamada que había esperado durante medio año. Su hermano consiguió trabajo en unas oficinas de administración pública para él y para su esposa. Se irían a la ciudad al día siguiente, a primera hora.

—Ahí viviremos mejor —diría el padre de Cristina, al dejar atrás las últimas casas del pueblo. Ella, con la frente apoyada contra la ventana de la estaquita, sentiría el mismo nudo en el estómago que Pedro ante la mirada de don Martiliano.

Bastó una hora para que en el papel cascarrón estuvieran postrados todos los insectos que consideraron útiles e interesantes. Se pusieron de acuerdo sobre qué bicho le tocaba explicar a cada quien. La manera en la que el caparazón del escarabajo toro crujía al ser perforado les causó estremecimiento. Jugaron piedra, papel o tijeras, para decidir quién expondría a este último. Cristina resultó ganadora.

\*

Los dos sujetos llevan el cabello corto, casi al ras de cráneo. Don Martiliano se baja del coche apuntándolos con el arma. Insulta y amenaza de

muerte. Una parte del grupo de personas que hacen fila para la siguiente combi, se esconde a un costado del vehículo. Otras caminan hacia atrás, como intentando permanecer lejos y no tener nada que ver con lo que ocurre. El administrador, un señor de bigote negro, con una cangurera abrochada a la cintura se para a un costado de don Martiliano y le dice que se calme, porque hay señoras y niños presentes. Pedro observa cómo su papá, con los ojos inyectados de sangre, voltea a ver al administrador el tiempo suficiente como para que el par de soldados lo embistan. El arma vuela y cae a los pies de Pedro. Don Martiliano recibe puñetazos en el rostro y patadas en sus costillas, pero insulta, reta y maldice. Pedro se agacha y toma el arma, la sostiene con sus dos manos; le pesa lo que una sandía, pero en las dimensiones de un mango.

—Dispara —exige el padre mientras forcejea y es cundido a golpes—. Que dispare, que, por una vez en su vida, sea un hombre. Pedro deja caer el arma entre sus temblorosos pies, cierra los ojos y se da la media vuelta. Escucha quejidos e insultos, el rumor de comentarios y la voz de su padre que hace eco en su cabeza: dispara, dispara, dispara, dispara.

Pedro se echa a correr.

\*

La maestra anunció el turno del equipo número cuatro. Pedro miró hacia la puerta. La maestra lo

llamó en un tono de voz más alto. Entonces Pedro se puso de pie y salió del salón. Luego salió de la escuela. En medio de la calle empedrada, volteó a ver a su izquierda y a su derecha. En el horizonte, el vaho formaba un espectro tembloroso.

\*

Corre con todas sus fuerzas, con las zancadas más rápidas y amplias que puede, entre ladridos y correteadas de perros que, calle tras calle, pronto deja atrás. Cierra los puños y acelera el paso. Pedro corre y lo hace a una velocidad a la que nunca ha llegado. Deja atrás el campo de fútbol, las oficinas municipales, la papelería ahora cerrada, su misma casa, deja atrás la escuela, la cantina El Barril y, de pronto, se ve corriendo con los ojos cerrados. Lágrimas resbalan por sus mejillas y el aire las seca. Corre y se interna en la brecha arbolada a las afueras del pueblo. Corre y pisotea las hojas secas y da algunos manotazos por los moscos que le zumban al oído hasta que comienza a escuchar el borboteo del agua. Entonces deja de correr. Trota, cada vez, más lento, con menos fuerza; camina, con la playera empapada de sudor, el cuerpo palpitante. Su pecho se infla y desinfla sin que pueda controlarlo. Con una mano se sostiene del árbol al que Cristina arrancó trozos de corteza. Recuerda sus palabras: parece que aquí están todos los bichos del mundo. Sonríe por un instante, pero pronto esa sonrisa desaparece al imaginar a su padre quitándose la faja del pantalón. Se deja

caer sobre el pasto. Cierra los ojos. El correr del agua, la brisa, el chillido de aves y el canto de grillos terminan por adormecerlo. Ahora su pecho sube y baja con una lentitud casi imperceptible.

El sol comienza a meterse, las sombras a cubrir toda arboladura a su paso. Lucecitas amarillas, verdes y rojas aparecen y desaparecen en esta oscuridad en aumento. Una se apaga y dos nuevas nacen. Se multiplican por dos, por tres, por cuatro, hasta que son decenas las luciérnagas que vuelan alrededor de Pedro.

# La fuerza del toro

## 1

Un grupo de palomas gorgorea sobre el techo de uno de los palcos. El toro recibe la estocada. Del lomo del bovino brota un chorro de sangre. El público, de menos a más, celebra la muerte que se avecina, el triunfo del torero.

A espaldas de la plaza, calle abajo, policías en una formación compacta, con escudos de plástico a su frente y cascos en la cabeza, caminan hacia un grupo de personas vestidas de blanco que bloquean el tráfico.

Ahora el toro apenas se sostiene de sus patas traseras. Las delanteras las tiene dobladas y su hocico está pegado al aserrín del ruedo. El matador clava y desentierra un último sablazo en el lomo del animal. El chorro de sangre se hace espeso y abundante. Cae. El público se levanta de sus asientos: chiflan, aplauden, gritan. El matador, parado de puntillas da vuelta sobre su eje y con una mano extendida, sostiene la montera y la agita al aire.

La escandalosa ovación es silenciada por el estruendo de tres disparos de bala.

Las palomas levantan el vuelo.

2

Flechas de luz y polvo atraviesan la jaula. Menea el cuello y suelta mugidos. Sus cuernos rozan contra los bordes metálicos del angosto espacio donde, por el momento, permanece preso. Siente las primeras punzadas: dos en la pierna, una en el lomo. Entre respiro y respiro, raspando el suelo, pateo hacia atrás.

Escucha un golpeteo metálico y ve un umbral de luz que atraviesa a toda prisa. Siente el aire correr entre sus cuernos y sobre su pelaje. Está cegado. Justo comienza a distinguir formas y una punzada en la costilla lo toma por sorpresa. Contrae los músculos. De su costado izquierdo, una banderilla de colores pende. Suelta un mugido y corre tras el hombre montado a caballo, pero es eludido, da vuelta sobre sí; el caballo cambia de dirección y el toro es clavado ahora con una nueva banderilla.

Después de ser apuntalado seis veces, por ambos costados, cuelgan, enganchadas a su piel, banderillas adornadas con estelas en verde, blanco y rojo. Todo él palpita, a la par de las contracciones de su corazón. Pero aún se le ve firme.

Entre ovaciones, el matador hace presencia. Ahora es su turno. El toro está pegado a uno de los bordes del ruedo. El matador camina hacia el centro y extiende el capote a los ojos del animal que, mecánicamente, corre hacia la manta de tela

roja. A cada faena la gente celebra, a cada corrida hacia la manta, el toro se ve más y más cansado. La sangre cubre ya casi todo su pelaje.

Con una mano extiende el capote frente al toro y con la otra, levanta la espada apuntando al lomo de la bestia que, paralizada, no deja de observar la pantalla de tela.

Primero lentos, de puntillas, el torero da unos cuantos pasos. Aumenta la velocidad, se encuentra en una distancia perfecta: deja correr y desentierra, por dentro del lomo, la espada entera. El toro menea la cabeza y da cornadas al aire. Un chorro de sangre emana por detrás de su nuca. Sus piernas delanteras tiemblan. Bufa. El público chifla y aplaude. Al toro se le doblan las piernas delanteras y cae de hocico contra el suelo. Al respirar, tanto el aserrín como el polvo, se impregnan en su garganta y fosas nasales.

Sólo sus piernas traseras lo mantienen medio de pie. Respira contra el suelo con la vista en dirección al público. Comienzan a pararse de sus asientos. Entre la multitud, en la grada más cercana a la valla, un hombre apunta hacia el centro del ruedo con un rifle de cañón mediano. El matador se acerca al agonizante bulto de pelaje y le clava una vez más la estoca. El toro se desploma en el suelo. Se escuchan tres estruendos. Primero uno, con el que las personas dejan de celebrar, y luego, dos seguidos. Ahora todos buscan salir de la plaza, incluso el hombre que disparó.

El matador, junto al toro, yace tendido en el centro del ruedo. Un charco de tierra, aserrín y sangre, los rodea.

Vestidas de blanco, un grupo de personas se sientan en medio de la calle, a un costado de la plaza de toros. Cuadras adelante, policías en formación compacta marchan hacia ellos.

Se escucha bullicio dentro de la plaza. Los policías están cada vez más cerca del grupo de manifestantes que, nerviosos, se voltean a ver entre ellos, tragan saliva, murmuran. Al aire, levantan las pancartas y extienden una lona. Se escucha un balazo, seguido de otros dos. Los manifestantes corren, se dispersan por distintas calles. Uno de ellos cae al suelo y se golpea la cabeza. En el cielo, un grupo de palomas vuela. Antes de que pueda levantarse es sometido y esposado. De su cabeza, escurre un chorro de sangre que resbala hasta su barbilla. Los policías lo tienen boca abajo.

Llegan patrullas a la zona.

Levantam al muchacho del suelo, pero éste se rehúsa, patatea contra la patrulla, gira sobre sí e intenta empujar a los policías. Un macanazo lo deja inconsciente.

Cuando abre los ojos está tras las rejas, junto a un par de compañeros y un hombre de barba blanca, ropa sucia y raída. La cabeza le palpita. Se soba la nunca y sus dedos se humedecen. Huele las yemas, percibe un olor a óxido: sangra.

Camina de un lado al otro dentro de la celda. Intenta escupir al suelo, pero su saliva es tan espesa que de su boca sólo alcanza a salir aire y grumos blancos.

Contra la reja, grita. Pide la llamada a la que tiene derecho. Un policía pasa hurgando sus dientes con un palillo. El muchacho da un puñetazo a los barrotes y los deja vibrando por un momento. Suelta un bufido. Se soba el puño. El policía atraviesa una puerta y la cierra.

## *Dans un train*

Entre gemidos, movía mi cabeza de un lado a otro, como si intentara gritar y mis labios estuvieran cosidos. Bernard dijo que daba la impresión de que me estuvieran matando. Desperté con el vestido húmedo de sudor, pegado a mis pechos. Es sólo un sueño, dijo ahora Bernard, con su cabeza recostada sobre uno de mis hombros. Entre suspiros, enseguida se volvió a dormir. Corrí la cortina para ver los árboles y otras estaciones que dejábamos atrás. El traqueteo de nuestro vagón, al pasar sobre ciertos sectores de los rieles, producía en todo el tren un rugido permanente y ensordecedor. Huíamos, como otros cientos de miles, de la guerra. Era cuestión de tiempo para que nuestros pueblos y ciudades fueran invadidos. Abandonamos la casa sin maletas. Antes de salir, liberé a Boris, nuestro pastor alemán. Pensé que se despediría con un meneo de cola, olfateándome las manos. Abrí la reja del huerto y a galope se alejó entre calles empedradas, familias y personas que huían a pie, en vehículos de doble carga, bicicletas y motos con el equipaje atado a sus parrillas.

Justo cuando estaba a punto de recobrar el sueño, Bernard despertó aspirando aire, como si se estuviera ahogando. Es una pesadilla, le dije, después de darle un beso en la frente y acariciar el dorso de una de sus manos. En algún momento, a pesar de los temblores, ambos nos quedamos dormidos.

# Es difícil golpear en los sueños

*A mi hermana*

## Uno

Intenté gritar para que papá o mamá vinieran a despertarme, pero no podía abrir la boca. En mi mente comencé un padre nuestro que estás en los cielos, y por cada palabra de la oración las cosas se ponían más feas. Era una de esas veces en las que una como nube negra se posaba encima de mí para estrujarme el estómago. Llegó el momento en que no pude más y tuve que usar todas mis fuerzas para desprenderme de la cama y despertar con un grito: uno ahogado que parecía más el chillido de un perro que recibe una pedrada que un grito grito. Me dio miedo volver a cerrar los ojos, pero cuando lo hice, no pasó nada.

Papá decía lo de siempre: que respete para que me respeten, que ponga atención a la maestra, que no me meta en problemas. Con una mano sostenía el volante y con la otra realizaba movimientos como si estuviera intentando matar un mosquito mientras hablaba. En algún momento, papá bajó el vidrio de su ventana y comenzó a decirle de groserías a otro taxista.

—Pinche pendejo imbécil —gritó mi padre.

—Aprende a manejar, ciego estúpido.

Bajé la mirada hacia mis manos y vi algo que no debería de estar ahí: una bolita dura y rugosa apareció sobre uno de mis puños. Mamá dice que se llaman verrugas. Volteé hacia papá, pero ya no le dije nada de la bolita. Parecía seguir molesto. Lo supe por la forma en la que juntaba las cejas y porque su pecho se inflaba y se desinflaba. Sé muy bien que cuando se pone así, no es bueno hablarle.

Copiaba en mi cuaderno las sumas y restas anotadas en la pizarra, pero mi mano dejó de apuntar números. Miraba la bolita rugosa de mi mano. La maestra pasaba a revisar fila por fila cómo íbamos con la tarea. La escuché felicitar y corregir a algunos otros del salón. No me fijé en qué momento estaba cerca de mí. Cuando me di cuenta, me decía que era muy lento para copiar, que algunos compañeros terminaron y que si sonaba el timbre y no había avance, me olvidara del recreo. Las sumas no me daban y tampoco las restas. Puse números al azar.

Sonó el timbre.

Le di una mordida a la torta y quise tomar de mi jugo de fresa cuando un pelotazo me estrelló la caja en el pecho. Se reían. Eran Francisco y otros niños y niñas. La torta terminó en el piso. Me dieron ganas de llorar, pero me aguanté. No quería que Ana, la niña de ojos negros y cabello rizado que me gustaba, me viera con lágrimas en los ojos. La maestra preguntó lo que pasaba. Nadie habló. Dejaron de reír y pusieron sus manos en la espalda.

—¿Qué pasó? —me preguntó la maestra, pero no contesté. Y como nadie dijo nada, la maestra terminó por llevarse la pelota y dijo que ya no habría más pelota hasta que alguien dijera algo.

Papá me regañó todo el camino de regreso. Dijo que no sé cuidar la ropa, que esas manchas no se quitaban y que mamá se iba molestar cuando me viera todo sucio. Y cuando llegamos a la casa eso pasó. Mamá me dijo que se la pasaba todo el día lavando ajeno como para que yo hiciera esas cosas, que estaba cansada y que no pensaba en ella. Decía todo mientras servía la comida. En la tele daban las noticias. Un hombre había matado a otro. Ay, que cómo pasan cosas y cómo hay gente así —dijo mamá. Le pedí más refresco, pero me dijo que no, que me iba llenar con puro refresco.

Cuando terminamos de comer papá volvió a irse en el taxi y le dijo a mamá que revisara qué tarea me habían dejado.

Esa noche volvió a pasar. La nube negra estaba sobre mí estrujándome el estómago. Quise con todas mis fuerzas gritar y levantar los brazos para irme, pero no me daban las fuerzas. Mi cuerpo estaba rígido. Esa vez intenté con el ángel de la guarda de mi dulce compañía, pero cuando iba decir lo del no me abandones, la presión se hizo más fuerte y más fuerte y más fuerte hasta que llegó al punto que desperté, esta vez, sí con un grito.

Creo que grité mucho porque mamá llegó hasta mi cuarto y le dije que había tenido pesadillas. Ella me contestó que seguro era mi conciencia

y que eso ganaba por portarme mal. Me dio un beso en la frente y se fue.

La maestra me regañó porque me salieron mal todas las cuentas. Dijo que no era posible, que lo repasamos varias veces, que debí prestar atención en lugar de andar dibujando, y que a la salida hablaría con mi papá. A mí me daba pena que me dijera todas esas cosas, no porque me salieran mal las cuentas sino porque Ana escuchaba.

Otra vez papá me regañó en su taxi, ahora por lo que le dijo la maestra. Sus cejas estaban arrugadas. Decía que él y mamá no trabajaron para que yo sea un burro y un flojo, y que las libretas les salieron caras y que yo sólo las malgastaba en dibujos. Miré mis manos. Vi que otra verruga similar me salió a un lado de la primera. Con un dedo me las acaricié: se sentían rasposas.

—Así que ya escuchaste —fue casi lo último que me dijo mi papá cuando llegamos a la casa. Y dile a tu mamá que hoy voy a llegar tarde, que no me espere.

Yo ya estaba acostado y mamá seguía en la cocina. Con un dedo golpeaba la mesa y con la otra mano se sostenía la cara. Esperaba a papá. La observaba desde la pequeña ranura de la puerta de mi cuarto.

En algún momento escuché el rugir de motor del taxi. Papá entró a la casa y mamá le preguntó que por qué había tardado tanto, pero él no dijo nada. Papá no contestaba y mamá no dejaba de preguntar. Pasaron frente a mi cuarto y uno de ellos cerró la puerta. Me quedé a oscuras.

Al día siguiente, en la escuela pasó lo que pasaba siempre que cambiábamos de salón. Ana cumplía años. La maestra dejó de dar la clase y los papás de Ana llegaron con un pastel y bolsas con dulces. Cuando le cantaban las mañanitas pensé que tal vez era un buen momento para regalarle el dibujo que una vez, en mi libreta de español, hice de ella.

—Hagan un círculo todos tomándose de las manos. Niño y niña —dijeron los papás de Ana. Y me tocó al lado de ella. Lo malo fue que me tocó donde mi mano tenía las bolitas rasposas. Me llevé las manos al pecho y salí corriendo del salón.

Desde afuera miré que en mi lugar Francisco tomaba la mano de Ana. Empezaron a girar como una rueda de la fortuna.

## Dos

Intenté rezar el padre nuestro, pero no podía. Después de que estás en los cielos, santificado, me trababa. Dormí con miedo, pensé que por no rezar el padre nuestro la nube negra se iba a poner encima de mí.

El sueño de esa noche comenzó con Francisco. Le daba un beso a Ana y luego se reía de mí. También Ana se reía de mí. Quise dar un paso, pero mis pies no se despegaron del suelo. De pronto, ya era sólo Francisco el que estaba conmigo dentro del salón de clases. Es difícil golpear en los sueños. Trataba golpearlo porque lo vi rompiendo mis dibujos y mis colores. Pero mis brazos me pe-

saban tanto, que no pude moverlos. Luego todo volvió a cambiar. Esta vez ya no me veía. Eran Francisco y Ana tomados de la mano entrando al baño de niñas. Apenas lo hicieron, todo se puso blanco. Después me pareció despertar, pero no fue así porque comencé a sentir la presión en el estómago y la nube negra se puso encima de mí. “Padre nuestro que estás en los... ángel de la guarda que estás en los cielos, padre de mi dulce compañía...”.

Desperté gritando tan fuerte que papá y mamá vinieron a mi cuarto. Les costó trabajo que dejara de llorar. Mamá me dio un vaso de agua y papá le preguntó que si había cenado tarde.

### Tres

Era el recreo, yo estaba en una banca acostado boca abajo, dibujando. Dibujaba un árbol con muchas ramas que se cruzaban y enrollaban unas con otras. Lo pintaba de distintos colores. Con hojas en forma de estrella. Y también dibujé un pájaro con el pico largote parado en una de las ramas. Terminaba con el pico del pájaro cuando sentí que me tiraron tierra en los ojos. Lo primero que hice fue ponerme de pie y quitarme la tierra de la cara. Apenas pude medio ver, vi a Francisco y a otro niño corriendo.

Tocaron el timbre para regresar al salón.

Comenzó la clase de Valores, la maestra anotaba algo en la pizarra. Tenía el color rojo en mi mano. La maestra dijo que buscáramos una pági-

na del libro. Introduje el color al sacapuntas y le di vueltas. Ahora la maestra decía qué ejercicios íbamos a hacer. Me puse de pie, fui hasta donde se sentaba Francisco y le clavé en la espalda el color rojo. Francisco gritó peor que yo en las pesadillas, revolcándose en el piso como una culebra que papá mató una vez a punta de palazos. Los demás del salón se hicieron a un lado con todo y sillas. La maestra gritaba por lo que había hecho. Sentí el apretón fuerte de la maestra sobre mi brazo. Me llevó hasta la dirección mientras decía que ahora sí me había metido en problemas grandes. El maestro del otro salón entró para levantar a Francisco. Todos lo vieron llorar y dar pataletas mientras lo llevaban con la enfermera.

Cuando el director dijo que me habían expulsado, sentí la misma presión en la boca del estómago que siento durante los sueños. Miré mis verrugas para evitar ver la cara de papá, que no sé cómo, pero ya había llegado hasta ahí.

Fuimos por mis cosas. Todo el salón me miraba como si yo fuera un asesino, de esos que salen en la tele durante las noticias. Metí mis colores y mi libro a la mochila. Antes de subir el cierre, cuando la maestra gritó que me apurara, vi la libreta de español. Busqué la última hoja, donde estaba el dibujo de Ana, y la desprendí con cuidado para que no se rompiera.

–Apúrate –dijo otra vez la maestra.

Bajé la mirada, apreté la boca y sin hacer caso fui hasta la silla de Ana y le entregué el dibujo. Ana me miró con sus ojos negros grandotes y la escuché decir “gracias”.

Quería reír, gritar, saltar, correr con todas las fuerzas, pero la maestra me tomó del brazo para sacarme del salón. Quise dar la media vuelta y decirle a Ana que me gustaba mucho y que si quería ser mi novia, pero no fui soltado hasta estar frente a mi padre, que me llevó a rastras, amenazándome con castigos que no me preocuparon, porque yo sentía como si estuviera en las nubes, pensando en Ana, en sus ojos negros y en su voz al agradecerme.

# Hiroshima

He vuelto, dos décadas después, al sitio en donde viví los años de mi infancia. Ahora es un fast food de comida oriental. Frente a charolas repletas de panes cortados en cuadros, pechugas empanizadas y fideos humeantes, un japonés me mira a los ojos y levanta la cara como diciéndome “qué”. Con las manos en el estómago, pido el baño. Entreabre la boca, arruga las cejas y por unos segundos permanecemos en silencio. Le repito, alargando las vocales, la palabra baño. Me dice cosas que me son imposibles de descifrar y apunta con el cucharón hacia un pasillo que conozco. Camino debajo de dragones verdes de papel maché, entre un aroma a aceite quemado. Los mosaicos del suelo son los mismos. Las paredes solían ser blancas. Este anaranjado tampoco me gusta. Sostengo la perilla de la puerta, giro la muñeca, escucho que algo truena y jalo hacía mí. Donde antes había una ventana ahora hay bloques y cemento. Aún recuerdo los golpes, cachetadas e insultos que recibí en este sitio, atado el tiempo suficiente para planear lo que hoy he venido a hacer. Me

levanto la playera, palpo la cicatriz y las costuras a la altura de mi estómago. Saco de una de las bolsas traseras del pantalón la pinza y descoso los nudos. Introduzco mis manos dentro del cálido y húmedo orificio. Manchada en sangre, deposito la bomba sobre el tanque de agua del bacín. Vuelvo a tejer el nudo cerrando la abertura horizontal en mi cuerpo. Me lavo las manos hasta que de ellas deja de escurrir el agua teñida de rojo. Ahora estoy de frente al explosivo, aprieto el botón que activa el cronómetro. En cinco minutos el lugar se habrá convertido en ruinas. Regreso a mis pasos para retirarme lo antes posible. El japonés me vuelve a decir cosas que no entiendo. Volteo y le digo que es mejor que se vaya. Grita, mueve de arriba abajo su utensilio con tal violencia que da la impresión de que se le escapa de la mano. Váyase, le digo otra vez, esto no es su culpa.

# Oso polar

*A mi padre*

Con el pantalón doblado hasta las rodillas, sentado en la punta del muelle, comenzaba a sentir las mordiditas de los peces que nadaban en torno a mis pies. El tono rosa y anaranjado del cielo se reflejaba sobre la marea. Era una de esas tardes sin viento en las que la bahía daba la impresión de ser un enorme bloque congelado. Al final del horizonte, aún sin representar una amenaza, se aglomeraba el grupo de nubes grises que más tarde se transformaría en tormenta. Me llevé las manos a la nuca, estaba a punto de desplomarme sobre las tablas cuando noté lo que fue para mí, hasta el día de hoy y sin la menor duda, el cuerpo sin vida de un oso polar. Quise creer que se trataba de una pequeña embarcación, pero no se puede tapar el sol con un dedo: aquel bulto de pelaje blanco no guardaba parecido al casco de una lancha. Por unos segundos permanecí tan quieto que el único movimiento en mí fue el latido de un corazón acelerado. Unos parpadeos después y ya me había puesto las chanclas y empujaba el carrito de paletas, pasándome a caer por el cojear

de mi pie derecho y la prisa con la que el miedo me hizo huir del muelle.

—Era un oso polar, se lo juro.

—No digas pendejadas, Jorgito —me dijo don Carlos, con la vista centrada en los billetes que contaba de uno en uno, fumando, sin sacarse el cigarro de la boca.

—De verdad. No era un perro, era mucho más grande, peludo y blanco.

Primero llegó Mario. Al par de minutos apareció Luis. Empujaban sus carritos de paletas, cada uno con la cara enrojecida y palpitante. Mario, Luis y yo estudiamos en la escuela Aquiles Serdán. Cursábamos el cuarto grado, por eso durante aquellos días, mientras trabajábamos de paleteros, se nos vio con el mismo uniforme: pantalón café y camisa blanca. Teníamos en común algunas cosas; una, la escasa cantidad de prendas para vestir; otra, nuestro peinado. Íbamos con el cabello siempre corto, porque para nuestros padres era la forma en la que un hombre debía de verse. Y eso me causaba vergüenza: cualquiera notaba las cicatrices en mi cráneo hechas al caerme de los árboles, o por las veces en las que mi padre me azotaba con la hebilla de su cinturón por pasar todo el día en la calle, o porque él estaba borracho o porque, simplemente, le venía en gana. Puedo apostar a que nunca me quiso y ésa es una de las razones por las que no lloré y ni siquiera se me vio una lágrima el día de su entierro. Tampoco creo que haya querido a mi madre, a ella le gritaba peor que a mí. Y menos aún creo

que haya sentido alguna especie de cariño hacia mi hermano mayor, que un día dejó la casa para no matarlo, o eso fue lo último que le escuché gritar, antes de que cruzara la puerta de la cocina, para nunca más volverlo a ver. Bueno, volviendo a nosotros: éramos todos los paleteros de don Carlos.

—Se lo juro por lo que más quiera: hay un oso polar en la bahía en estos momentos y no estamos haciendo nada.

—Y si eso fuera verdad, ¿qué se supone que deberíamos de hacer?

—Llamar a los soldados.

Para mí, ver aquel oso polar fue como ver a un enorme perro, el más grande de todos los perros que haya visto en mi vida. Y debo confesar algo: hoy, a pesar de los años que han pasado, aún me dan miedo los perros. Por eso siempre iba con piedras en los bolsillos y con un palo mientras caminaba sobre las calles al vender las paletas. Les temo desde la mañana en la que Jack, el pitbull negro de don Ramiro, logró escapar por una zanja que hizo excavando, poco a poco, por debajo de su reja cada vez que yo pasaba frente a él repiqueteando la campana, gritando una gama de sabores: limón, plátano, naranja, sandía. Apenas escuché un gruñido. Fue como si los colmillos de aquel animal estuvieran hechos de fierro. No pude hacer más que revolcarme de dolor sobre la polvosa calle. Por un segundo vi el hocico arrugado de aquella bestia mientras sacudía mi pie como si se tratara de un trapo.

Un estruendo hizo que dejara de morderme: el mismo don Ramiro le disparó a su Jack con un rifle para matar venados. El perro terminó boca arriba, con las patas estiradas y el estómago perforado, sobre un charco de lodo y sangre.

—Es imposible que haya un oso polar en la bahía —dijo Luis.

—Sí, un oso polar; yo mismo lo vi.

—¿Como el que sale en el libro de la escuela?

—A ver, denme lo que traen — dijo don Carlos a Mario y a Luis, mientras anotaba cuentas en su libreta.

Ayudamos a ordenar y a contar las paletas por sabores, lavamos por dentro nuestros carritos y trapeamos el piso del lugar. La paletaría no era grande. A simple vista lo que uno veía ahí dentro era una bodega de cuatro paredes con cuatro carritos de paletas, cuatro neveras del tamaño de un escritorio y una mesa de madera redonda en la que don Carlos contaba su dinero.

—Mañana a las seis, puntuales todos —dijo don Carlos, mientras bajaba la cortina metálica y se escuchaba el traqueteo que resonaba hasta llegar al suelo.

—Les digo que es un oso polar, de verdad, me van a creer apenas lo vean.

Logré convencer a Mario y a Luis de ir hasta la punta del muelle. Quería demostrar que no estaba inventado cosas. A toda prisa, saltamos banquetas, le dimos la vuelta a las palmas que aparecían por los camellones, respiramos aromas cítricos de jardines que invadimos gritando: “un oso polar,

hay un oso polar en el muelle". Mis amigos me llevaban la delantera en todo momento. Sus pasos firmes no se comparaban con mi andar cojo, pero tampoco permitía que me dejaran por tanta distancia.

—¿Cómo está eso del oso polar? – preguntó doña Andrea, sentada en una silla, entre los arbustos de su jardín. Me detuve para explicarle mientras veía su cabello largo, lacio y canoso.

Luis y Mario intentaban convencer a quien se cruzara en su camino para darse prisa en ir al muelle. Gritos y risas de casi una decena de niños atravesaron la calle como una parvada de palomas.

En esa época, las calles de Chetumal eran, casi todas, de terracería. Y no eran tantas: de punta a punta se podía atravesar todo el cuadro de la localidad en quince minutos si se iba en bicicleta. El rumor del oso polar en la bahía recorrió las calles en mucho menos tiempo, y eso que íbamos a pie.

Los Carrillo, un par de hermanos que siempre tomaban cervezas frente a su carnicería, abandonaron sus bancos por esa tarde para averiguar de qué se trataba todo el asunto del oso polar. Ellos le dijeron a los Rusos, otro par de hermanos, pescadores de ojos verdes, a los que te encontrabas con un vaso lleno de ron en una mano, y un palo de madera con tiras de plástico en la otra, ahuyentando moscardones que se posaban sobre los ojos cristalinos de barracudas, jureles y otros pescados expuestos en su negocio. Los Rusos le dijeron a un grupo de muchachos que se juntaban a fumar en el quiosco de la explanada, y los del quiosco

se encargaron de darle la noticia a no sé qué tanta gente, porque llegó el momento en que las calles se llenaron de personas, como el día en el que todos salieron de sus casas para exigir la renuncia del presidente municipal.

Los primeros en llegar fuimos los niños. Unos, con las manos en la cintura, inclinando la espalda hacia el frente y entrecerrando los ojos; otros, agachados, haciendo con sus manos como si fueran binoculares. El resto con las cejas alzadas y la boca abierta: todos teníamos la vista puesta sobre aquel bulto de pelaje blanco que no se parecía a ninguna clase de perro que hubiéramos visto antes.

—Es cierto —dijo doña Andrea, persignándose.

—¿Qué es ese maldito animal? —dijo uno de los Rusos.

Conforme el muelle se llenaba de personas, comenzaron las especulaciones.

—Imposible... es un oso polar.

—No digas idioteces, eso es un perro. —Yo no veo nada... ah, sí... —Creo que se mueve.

—Tanto alboroto por un pobre perro muerto.

—¿Cómo va a ser un perro?, ¿cuándo has visto uno de ese tamaño?

—No, no puede ser un oso polar —dijo uno de los Carrillo.

—Creo que ya estás ciego o muy borracho —le contestó uno de los Rusos.

—Es el final de los tiempos, es una señal —dijo el padre Matías, que entre el amontonamiento le iban abriendo paso, tal vez por el respeto que causaba verlo con su traje blanco y ese medallón dorado pendiente sobre su pecho.

Ni siquiera las sirenas de las patrullas hicieron que la población dejara de observar lo que a la distancia era para unos un perro muerto inflado por el agua, y para otros un verdadero oso polar. Los Rusos y los Carrillo, discutiendo esto, estuvieron a punto de llegar a los golpes un par de veces. Y cada vez más personas arribaban al lugar; decenas de bicicletas, unas sobre otras, se amontonaban junto a las primeras tablas y pilotes del muelle.

Las nubes grises dejaron de estar al final del horizonte, nadie parecía notar que estaba a punto de caerse el cielo. Una ventisca hizo que las faldas y vestidos de las señoras y las vestimentas del padre Matías ondearan al aire.

—Ése es mi perro. Otto. Otto, ven aquí, chico.

—Ya cállese, don Roberto, esa cosa no es su perro.

Pude darme cuenta por los crujidos de la madera que la estructura estaba a punto de venirse abajo. Iba ahí todos los días después de vender todas las paletas; conocía cada uno de sus sonidos. Nunca escuché crujir al muelle de ese modo, ni siquiera cuando los Rusos llegaban del mar con sus toneladas de pargos y boquinetes.

A los pocos segundos de sumergir los pies dentro del agua, me gustaba sentir su latido, llevarme las manos a la nuca, recostarme sobre las tablas para ver el cielo y el movimiento de las nubes, cerrar los ojos y adormecerme entre el aroma a salitre, el chasquido del oleaje contra los pilotes y el chillido de los albatros. Muchos días quise que

esos momentos fueran eternos: no quería llegar a casa y escuchar los gritos de mi padre, ni ver lágrimas por las mejillas de mi madre. No quería golpes en la cabeza, el estómago o la espalda. Ni gritar, ni llorar cuando la áspera y dura mano de José Atilano me tomaba por un brazo y nada, ni todas mis fuerzan eran suficientes para librarme. Tampoco quería llegar a casa cuando ese señor se desplomó sobre su cama y poco a poco, día a día, se fue muriendo. Los doctores dijeron que fue el alcohol, pero en el fondo he querido pensar que Dios escuchó las plegarías de Carmen Estela, mi madre, para que lo sacara de nuestras vidas.

—Que alguien agarre a don Roberto.

—Ése es Otto, por lo que más quieran, déjenme ir por él.

—Oigan, todos, el muelle se rompe, vámonos, escúchenme.

—Sí, es un oso polar, no hay la menor duda.

—Vamos a comenzar un padre nuestro, hermanos.

—Se va caer el muelle, háganme caso.

—Esa cosa no es un perro, ni un oso polar, es basura.

Otra brisa. Ahora una helada y con el aroma a madera fresca, el tipo de brisa que se respira antes de una lluvia volvió a alzar las faldas de las señoras, a ondular la vestimenta del padre Matías y hasta hizo que algunas gorras y sombreros volaran para aterrizar sobre el agua.

Los Rusos dijeron que sólo había una forma de averiguar si era un oso polar o un perro muerto.

Estaban a punto de aventarse un clavado, cuando un relámpago floreció frente a nosotros; el estruendo fue equiparable a la luminosidad antes vista. Quietos, con las piernas flexionadas, los Rusos parecían estatuillas en el extremo del muelle. Los niños reventamos en gritos y un aliento, como si el espíritu de la localidad hubiese sido expulsado tras el susto, aumentó la temperatura entre todos los presentes.

Un resquebrajamiento, como el de un árbol cuando es arrancado de raíz, se escuchó bajo nuestros pies. Enseguida se partieron las tablas y se doblaron los pilotes. Algunos lograron correr, pero la mayoría se hundió en las aguas. Otro relámpago y otro trueno. La lluvia se desató sobre la marea en la que todos intentábamos flotar. Hubo quienes pudieron salvarse tras unas brazadas y respiros, pero otros, en su desesperación, hundieron la cabeza de los que tenían a su lado. Me vi entre pies, espuma, pescados y cuerpos inertes con el semblante pálido. Alguien, intentando salvar su vida, me jaló sin la intención de ahogarme, pero consiguiéndolo. La lluvia trajo consigo a ese tipo de gotas frías y delgadas que dan la sensación de ser alfileres enterrándose en el cuerpo. De algún modo logré llegar a la superficie. Gritos de auxilio, sonidos guturales, gargantas que se llenaban de agua. El espesor de la lluvia era una barrera que no permitía ver más allá de medio metro. Truenos y relámpagos continuos, algunos al mismo tiempo, hacían todo tan confuso que me fue más fácil perder las esperanzas, que la fuerza para

seguir braceando. Un par de manos me tomaron por la cintura. Lo siguiente que supe fue que estaba a las afueras del muelle, entre otras personas que también vomitaban agua. Los Rusos fueron los héroes de aquella tarde. Iban y regresaban de la tierra a la bahía, trayendo consigo a vivos y a muertos: cuerpos y futuros testimonios.

—Hoy no vamos a trabajar, muchachos —dijo don Carlos—, no sé cuándo regresemos. Les aviso. Fue uno de los pocos días que recuerdo a don Carlos sin un cigarro en su boca.

Hubo calles en las que el nivel del agua nos llegaba a la cintura, otras eran infranqueables: las palmas y troncos de árboles derribados cortaban el camino y contenían la inundación como si fueran presas. Las avenidas que no estaban inundadas, eran un pantano de hojas y ramas de árboles. Algunas láminas, letreros de tiendas, tambos de basura, cubetas y demás objetos, yacían regados por doquier. Las bardas que cercaban la escuela Aquiles Serdán se habían desplomado y algunos de sus ventanales estaban rotos. Carlos, Luis y yo recorríamos este Chetumal devastado, envuelto por esporádicas y frías ráfagas de viento, con la intención de llegar al muelle.

Los cuerpos dentro de bolsas negras yacían sobre la escarpa, amontonados en pirámides. El área estaba acordonada con cintas amarillas. Los soldados y los marinos subían las bolsas a camiones de doble carga. Atrás de las cintas, familiares de los fallecidos aguardaban vestidos de negro, con las narices rojas y lágrimas corriendo por sus

rostros. Según las cifras del periódico se ahogaron ciento sesenta y cinco personas, pero hubo cuerpos que nunca se encontraron.

Carlos, Luis y yo nos inmiscuimos entre los llantos hasta el límite impuesto por la cinta amarilla. Tampoco nosotros pudimos contener las emociones al ver embolsados a los que alguna vez fueron nuestros vecinos, compañeros de clase o enemigos de barrio. Doña Andrea, junto a mí, se secaba la nariz con un pañuelo. Y yo, apretaba los puños, en un intento inútil por no llorar.

Con sus tablas rotas y sus pilotes hundidos, el muelle, desbaratado, daba la impresión de ser una ruina. Delante de él, como después de cada tormenta, la marea estaba retirada, tranquila, quieta. Esto ayudaba a la labor de los militares que sacaban los cuerpos que los Rusos ya no pudieron rescatar. Y en aquellas aguas pasivas, como si horas antes no hubiera ocurrido un suceso del que hasta hoy se habla entre los chetumaleños, ya no se veía el bulto de pelaje blanco, que para algunos fue nada más que el cuerpo inflado de un perro muerto, pero para mí y otras personas, el de un verdadero oso polar.

# *Pinos Alados*

Cotidianidad, nostalgia, frustración, decadencia, incertidumbre, marginalidad: no se marca en los calendarios porque no es nada a conmemorar. Es que a quién le importan las pesadillas, las peleas y las creencias de los niños; a quién las preocupaciones, los miedos, los olvidos y las promesas de los ancianos; quién mira los ojos vidriosos de los animales antes de su último aliento, o quién recuerda sus lamentos; y quién piensa en las casas y las cosas olvidadas de quienes se quedaron sin porvenir.

Ya no hay fechas importantes, sólo nubes negras que oprimen el pecho en los sueños, el recuerdo esporádico de cómo amarrarte las agujetas, borrado por un regalo que no te interesa abrir, la salvedad de la vida animal a costa de la propia libertad, las interminables peleas contra los niños de grado mayor, afianzadas en la esperanza de un balón recuperado a puños, dormir en un vagón mientras se huye de la guerra, la confianza infantil en la convicción propia, incluso frente a hechos inverosímiles, utilizar el cuerpo como guardabombas.

**Anahí Chamlati**